

negra y pavorosa mazmorra. Pesáronme los años que había vivido, miré la existencia como carga abrumadora y no tuve más idea halagüeña durante mi cruel insomnio, que la de la muerte. Todas mis reflexiones, reproches y quejas, terminaban mentalmente con este estribillo: *Señor, ten piedad de mí, y córtame la vida.*

X.

CALABAZAS.

Levánteme con el alba al siguiente día, enfermo así del espíritu como del cuerpo. Respiraba con angustia, pesábame la cabeza como si fuese de plomo, y me dolía el corazón como si llevase clavada en él aguda saeta.

El aire fresco de la mañana me hizo algún bien, con todo, y me sentí con fuerzas para dar un paseo por la huerta. Atravesé el corredor del baile, hacía poco tan ruidoso, ahora sumido en el silencio, y me parecía ver en sus flores marchitas, en su soledad y en su tristeza, como una imagen de mi vida ha poco tan dichosa, ahora tan desven-

turada. Ya en la huerta recibíronme los pájaros con alegre salva, y las flores con oleadas de perfumes. Mostrábase el cielo diáfano y azul como un zafiro oriental; algunas nubecillas volaban rápidamente por su inmensidad, como blancos cisnes en lago transparente. ¡Qué mañana tan bella! ¡Parecía una de aquellas que vieron mi dicha, y mis coloquios con Lola!

Sentéme en un banco de piedra, frente al muro por donde trepaba para hablar con ella, y dejando caer la cabeza entre las manos, rompí de nuevo á llorar, como un huérfano, como un naufrago, como un niño extraviado en las tinieblas. ¡Cuán impía, cuán indiferente, cuán despiadada es la belleza! Lola hería de muerte mi corazón, y no se dolía de mi martirio; y la espléndida naturaleza desplegaba sus encantos con mayor pompa, cuando mi alma agonizaba en la desesperación.

En esto, surgió en mi mente un pensamiento insensato. No estaba todo perdido, aún podía luchar. Lola no me había dicho que no me quisiera. ¡Por qué no hacer el último esfuerzo? ¡Por qué no tentar el postrer recurso? Era fuerza escribirla para



arrancarle al menos la inicua sentencia que vagaba en sus labios; pero que no osaba pronunciar por respeto á mi sinceridad y á mi dolor. Y ¡quién sabe! Quizás lograría ablandarla.

Los desgraciados prohijan los proyectos más extravagantes. ¿Qué pierde un condenado á muerte, con dejarse caer desde la altura del elevado muro? ¿qué pierde el naufrago con lanzarse de la barca incendiada, en las ondas encrespadas del mar? Con el valor que da la desesperación, regresé á mi aposento, y tomando recado de escribir, tracé con mano trémula una carta, que manché á trechos con mis lágrimas, y que era en el fondo—aunque más incorrecta é ingenua—como sigue:

“Lola:

“Soy como el condenado á muerte que pide gracia antes del suplicio. Demasiado conozco que no eres para mí la misma de antes, pues tus ojos no me miran como solían, ni tiene tu voz las mismas inflexiones con que en otro tiempo me acariciaba. Todo me hace comprender que la llama de tu cariño se extingue ó se ha extinguido ya. Esta confesión me arranca lágrimas; me pare-

ce que sueño al ver los hechos que la motivan; pero la realidad tristísima se impone á mi razón con fuerza irresistible.

“No obstante, mientras no me digas que no me quieres, puedo alimentar alguna esperanza; y como todavía no has pronunciado la palabra fatal, tomo la pluma para hacer un llamamiento á tu corazón, á fin de que, si algo tiene de bueno y de piadoso, se deje ablandar por mis súplicas y por mi llanto.

“Acaso algún error mío, ó una mala interpretación de mis actos me hayan hecho perder terreno en tu cariño; pero después de una explicación franca y leal de mi parte, creo que me perdonarás, y que volverás á ser para mí la misma Lola de otros tiempos, tan afectuosa y tan buena.

“Como no sé en qué se fundan tus resentimientos, porque no me lo has dicho, y ya te expliqué los sucesos de anoche, no puedo entrar en detalles sobre cargos que no conozco; pero en general, te juro por lo más sagrado, que te quiero con arrebató, que eres mi primer amor, y serás también mi único y postrero. Si buscas una alma que te adore, un corazón todo tuyo, un pensamien-



to que por todas partes y á toda hora te siga, no me dejes, Lola; porque no volverás á encontrar quien como yo te ame y te venera sobre la tierra.

“Comienzo á vivir. Tú has hecho nacer las flores en mi camino y las ilusiones en mi mente. Por tí creo y espero, por tí vivo, por tí nomás quiero la vida. Si me abandonas en medio del mundo, vas á hacer de mí el más infeliz de los hombres, y todo me arrebatarás de un solo golpe, dichas y fe, aliento y esperanza. ¿Qué podré aguardar de los otros, si tú me traicionas? ¿Qué felicidad podré hallar sobre la tierra, si no te tengo á mi lado? No echas sobre tu conciencia el remordimiento de haberme lanzado en un abismo, cuyas tinieblas y cuya profundidad me horrorizan. Cualesquiera que sean mis errores ó delitos en el porvenir, tú seras responsable de mis faltas; porque tu ingratitud echa sombras en mi conciencia, llena de hiel mi corazón y enciende en mi espíritu el relámpago de las malas pasiones.

“Aun es tiempo; sé buena y dulce para mí, como te formó la naturaleza. Torna el pensamiento á un pasado todavía próximo,

y recordando las plácidas escenas de nuestro amor puro y dichoso, hallarás acaso en el fondo de tu pecho, velado nada más, pero no extinguido, el casto fuego de otros días, aquel á cuyo calor nacieron mis ilusiones primeras y se hicieron aladas mis esperanzas. Aguardo con ansia tu respuesta; quiera la piedad mover tu mano al trazar las líneas que me escribas.

“Amor, perdón y olvido, es lo que imploro de tí con los ojos llenos de lágrimas.”

Puse la carta dentro de un sobre, escribí la dirección con todas sus letras, y comisioné á uno de los sirvientes para que la llevase á la casa contigua. Como la crisis había llegado ya á su más alto punto, nada me importaban las conveniencias sociales, ni me preocupaba el desagrado de D<sup>ca</sup> Agustina.

Esperé largo tiempo, lleno de mortal angustia. Sucediéronse las horas sin que llegara la respuesta anhelada, y mi incertidumbre fué haciéndose más penosa á medida que transcurrían los instantes. Rayaba el sol en el meridiano cuando al fin oí sonar el aldabón del zaguán; algo me dijo en mi interior, que era el mensajero de Lola, y corrí yo



mismo á abrir la puerta, con faz demudada por la emoción. Efectivamente, era una criada de la casa inmediata, que traía una carta y varios otros objetos. Abrí la esquila con mano trémula, y leí lo siguiente:

“Señor

“Son inútiles sus *explicaciones*. Nuestras, *relaciones* quedan *concluidas*. Su *condugta* de *anochi* me *hase conoser* que no me quiere. *Hay* le mando sus cosas, hágame *favor* de mandarme las mías con la portadara. Su *servidora*.

“Dolores.”

Y efectivamente, entregóme la criada todas las cartas que había yo dirigido á mi novia, inclusa la que le mandé esa misma madrugada. Es verdad que venían formando paquetes cuidadosamente atados con cintas de seda, y trascendiendo á delicadas esencias; pero no faltaba ni una sola de ellas. Mandóme asimismo las flores que le había regalado, secas ya, pero preciosamente desecadas; algunas dentro de sobres de cartas, otras enteramente al natural, y sin haber perdido su forma. Venía mi retrato dentro de un marquito de peluche rojo, y el mechón de pelo que me cortó ella misma

por la ventana con sus finas tijeras de costura al obscurecer de cierto día, apareció á mis ojos formando elegante rizo y sujeto con apretadas hebras de seda carmesí. Nada guardaba mío; todo me lo enviaba, así como de su corazón había arrojado mi cariño.

Aunque esperaba este desenlace, quedé como aturdido al recibir el golpe, y no acertaba á pronunciar una palabra. Todo lo había perdido, nada tenía que esperar; el altísimo edificio de mi dicha vecino á los cielos, habíase desplomado en un momento con horrible fracaso. Llenáronseme los ojos de lágrimas y dos gruesas y ardientes rodaron por mis mejillas; debilidad del adolescente, que aun no olvidaba el llanto de la infancia. Dolióse de mí la sirvienta, pues probablemente anunciaba mi rostro hondísimo desconsuelo, y díjome:

—No se aflija, niño, que al fin y al cabo sobran mujeres en el mundo.

Sí, pensé, abundan las mujeres; pero no hay más que una Lola.

—Me dijo la niña—continuó la criada,— que me había vd. de entregar cartas y otras cosas.....



Al oír esta reclamación, dejéme llevar de un arrebató de ira, y contesté:

—Dígale vd, que no se las envío, porque no me da la gana, y que si quiere quitármelas, me las mande pedir por medio de su primo.

Cogí en seguida mis flores, arrojélas al suelo y las rompí con el pie; reduje mis cartas y retrato á menudos fragmentos, echándolos á volar al viento de la calle; y lancé al arroyo, donde habian dejado alguna agua las últimas lluvias, el mechoncito de mi pelo.

Hecho esto, entré en mi casa y cerré la puerta de golpe, dejando azorada y boquiabierta á la pobre mensajera de tan malas nuevas.

Conservo aún *las cosas* de Lola, y de tiempo en tiempo abro el cofrecito donde las guardo, y las pongo ante mis ojos para abismarme en mis recuerdos. Sus flores están casi reducidas á polvo, pero aun conservan la fragancia ideal de aquellos días en que abrió mi alma por vez primera las alas para lanzarse en seguimiento del astro resplandeciente de la dicha. Sus cartas, amarillas por los años, guardan aún para

mi corazón, aquel encanto que embriagó en otro tiempo mi mente, con castos delirios y plácidas ilusiones. Su desteñido retrato, que ha perdido el claro-oscuro fotográfico, y sólo se compone de líneas indecisas, me parece bosquejo misterioso de aérea figura, esbozado con mano soñadora por un artista inspirado. Diríase que esa forma bella y hermosa—que se adivina, y casi no se mira,—no ha existido jamás, y que es como la huella que hubiera dejado en la cámara obscura, la visión de un ensueño. Así pasa Ofelia por el drama de Shakspeare, apenas entrevista en el fondo de la obra; y es mucho más bella, y poética en la penumbra, que lo hubiera sido en el primer término de la escena.

#### CONCLUSION.

Creí morir al rigor de la pesadumbre, y duré largo tiempo enfermo del espíritu, mirando triste la luz, obscuro el mundo é inútil la existencia. Suspiraba con honda amargura por el reposo de los que dejan la



cárcel de la materia y salen de este valle de lágrimas, conceptuando imposible que pudiera haber dicha para mí en este ingrato suelo, y que renacieran en mi espíritu las ilusiones y las esperanzas; pero el tiempo y la juventud restañaron al cabo mis heridas, y volvieron para mí, á Dios gracias, y no en escaso número, los días felices de otras alegrías y de otros amores. La hez rencorosa que dejó en mi alma la ingratitud de Lola, me ha llevado quizás alguna vez á ser falso y engañador; pero al fin ha desaparecido de mi alma todo rastro doloroso, y no hay ya en ella más que éxtasis para esos recuerdos, y sonrisas para aquellos dramas inocentes.

Casóse Lola con su primo, obra de un año después de desenlazados los sucesos que acabo de relatar, época en que ya estaba curado de mis dolencias amorosas, y comprometido con una morena en otra tierna aventura, menos cándida que la narrada, pero tampoco exenta—á fé mía—de interés y de gracia. Presencié en el templo la ceremonia nupcial, y ví desde la calle el rumboso baile con que fueron celebradas las bodas. Pude sin esfuerzo en aquel punto y hora, é

interpretando lealmente los sentimientos de mi corazón, pedir al cielo derramara á manos llenas sus dichas sobre la nueva pareja que acababa de ser unida por el *conjungo*.

Y tuve la satisfacción de que me oyese Dios. La bendición de Abraham cayó sin reserva, sobre los esposos, quienes desde aquel tiempo remoto hasta la fecha, no han cesado de dar al muudo un nuevo vástago año por año; no siendo, por lo mismo, de dudar, que su descendencia llegue á ser algún día tan numerosa como las estrellas del cielo y las arenas del océano. Son felices á ojos vistos: á las claras lo demuestran su rozagancia y su volumen. Lola tiene tres veces el espesor antiguo, y D. Tomás, ya entrecano, necesita para visitar sus fincas de campo, montar mulas robustas, porque los caballos se doblan bajo su peso. En China, donde es sagrado el abdomen, D. Tomás sería adorado como un dios, y vería reproducida mil veces en porcelana su augusta imagen.

Ante la elocuencia de los hechos, he acabado por persuadirme de que mis primeros amores fueron una locura, y de que concluyeron de un modo feliz para todos los que



tomamos parte en el melodrama. Porque evidentemente, Lola, á pesar de su espiritualidad juvenil, había nacido para la vida práctica que ahora lleva, y en la que tanto ha enanchado. Ahora me horrorizo de pensar que podría verme enlazado con una matrona de su fecundidad, de sus años y de su peso.



## EL ESPEJO.

---

A la memoria de Miguel Villanueva  
El espejo había desaparecido en un momento de la vida de Lola. Ella se acordaba de él con un sentimiento de nostalgia y de dolor. Él había sido su compañero de infancia y su confidente. Ella se acordaba de él con un sentimiento de nostalgia y de dolor. Él había sido su compañero de infancia y su confidente.